Noche de perros y girasoles

Juan Luis Mira Candel

«Los dioses pertenecen al día. Son criaturas que trabajan de nueve a cinco. De noche nos quedamos solos.»

Chet Raymo. *El alma de la noche*.

PERSONAJES

ÉL

ELLA

EL OTRO

I

Luna menguante

Zona ajardinada de una urbanización, en las afueras de una ciudad pequeña. Empieza a pesar la noche.

Hay dos farolas, una de ellas parpadea hasta fundirse. La otra da un color ámbar.

Un banco junto a una pequeña verja.

Llega el sonido de algún televisor que apura las últimas noticias.

ÉL **lleva la cadena del doberman en la mano y mira hacia un punto indeterminado, como no queriendo perder de vista al perro.**

ELLA **también acaba de dejar suelto a su caniche y entra al escenario dándole la espalda a** ÉL, **con la mirada clavada en otro punto opuesto al primero**. ELLA **tiene algo más de treinta años**.

ÉL **ya no cumple los cuarenta**.

ELLA, **a esas horas**, **esperaba encontrarse con alguien diferente**. **Estira la mirada hacia el vacío**.

ELLA.- ¡¿Es un doberman...?!

ÉL.- Sí.

ELLA.- Lo sabía. Y le juro que no lo veo, está todo tan oscuro... A ver si la Comunidad se anima e ilumina un poquito más esto que...

ÉL.- Entonces cómo lo adivinó...

ELLA.- ¡Ah, me bastó con mirarle a usted...!

ÉL.- ¿Cómo...?

ELLA.- Quiero decir...

ÉL.- Que tengo cara de doberman...

ELLA.- **(Ríe.)** No, hombre no, no me refería a eso; además, con esta luz no es que se pueda ver bien las caras... Lo decía porque es fácil descubrir la raza de un perro por...

ÉL.- De todas formas...

ELLA.- ... los rasgos del amo...

ÉL.- ... si me viera bien...

ELLA.- ... no suele fallar...

ÉL.- ... y le advierto que no es la primera vez que me lo dice alguien...

ELLA.- ... pasa como con un hijo y un padre...

ÉL.- ... se daría cuenta de que sin querer ha acertado: tengo cara de doberman.

(Se acerca hacia la farola iluminada y muestra su mejor cara de perro. ELLA **se asusta primero**, **después ahoga una sonrisa de perplejidad**.**)**

ELLA.- ¡Atiza...!

ÉL.- No se preocupe, de pequeño me llamaban Chucho. Y de mayor también, bueno, los amigos. Mi nombre oficial es Arturo, como en la tabla redonda. Encantado.

(Le estrecha la mano.**)**

ELLA.- Encantada. En el banco...

ÉL.- Siempre pensé que era una tabla, o una mesa.

ELLA.- Digo que en el banco le llaman Arturo, don Arturo.

ÉL.- ¿Cómo lo sabe usted?

ELLA.- Bueno, yo sé que es usted el nuevo apoderado del Central, no que le llamaban Arturo, esta ciudad es tan pequeña que si una no se entera de estas cosas, no sé... **(Pausa**.**)** Pero es la primera vez que le veo pasear por aquí. **(Mira el reloj**. **Busca algo con la mirada**.**)** ¿Vive cerca...?

ÉL.- Relativamente. Y ¿su nombre «oficial»?

ELLA.- Ah, perdone, Gerarda. Oficial y raso.

ÉL.- Con ese nombre no necesita usted ningún mote.

ELLA.- **(Molesta**.**)** Muy gracioso. Uy, ya lo creo... (**Recuerda que su perro anda perdido por ahí**. **Hace ademán de querer marcharse**.**)**

ÉL.- Disculpe, no quise molestarla, de veras. Lo dije en serio, creo que es una suerte que usted se llame Gerarda.

ELLA.- Tanto como una suerte...

ÉL.- Mujer, lo digo porque la mayoría de los nombres son una invitación a lo que yo llamo «el cachondeo de la che»: Charito. Chusa, Chacho, Chencho, Nacho, Chimo, Pochola, Chon... Parecen chinos. **(Pausa.)** Me temo que, sin querer, le he... ¿Usted piensa que con esta cara voy a ir por ahí diciendo impertinencias...? ¿Me cree un suicida?

ELLA.- No, no es sólo eso, aunque la verdad, lo ha dicho usted con tanta naturalidad que... **(Pausa.)** Es el nombre. Gerarda. *Puaf*.

ÉL.- Feo, ¿eh?

ELLA.- Un horror.

ÉL.- Como mi cara.

ELLA.- Más.

ÉL.- Bueno.

ELLA.- Quiero decir...

ÉL.- Que no pasa nada.

ELLA.- Otra vez...

ÉL.- Tranquila.

ELLA.- Pero es usted muy elegante.

ÉL.- Es el único recurso que nos queda a los feos, la elegancia.

ELLA.- Y una sólida posición económica.

ÉL.- También. Y un buen perro doberman, que haga juego con la cara. Observe.

(ÉL **inventa ahora una nueva mueca**, **muy cómica**, **como cuando se le pide a un niño que ponga una carita fea**. ELLA **no sabe si salir huyendo o reírse**, **al final se decide por lo segundo**. **Tan mayorcito y respetable y**... **Ríen**.)

ELLA.- Hacía tiempo que no me reía así...

ÉL.- ¿Qué?

ELLA.- Qué de qué.

ÉL.- Reírse...

ELLA.- Ah.

ÉL.- Pues debería usted practicar más. **(Pausa.)** Tiene usted una sonrisa preciosa.

ELLA.- Gracias.

ÉL.- Y no es un cumplido.

ELLA.- Y a todo esto, para qué nos hemos preguntado por nuestros nombres si, ya sabe, al final, en el clan de los dueños de perros...

ÉL.- Mujer, tanto como un clan...

ELLA.- Sí, un clan, a mí me parece un clan...

ÉL.- Como una secta...

ELLA.- Clan, secta, qué más da...

ÉL.- Sí que da...

ELLA.- Ya me entiende...

ÉL.- Creo que sí.

ELLA.- Pues eso, entre nosotros nos conocemos todos por el nombre de ellos, los perros: «El dueño de Bronco», «La dueña de Taila», «El de Mortadela...»

ÉL.- ¿Mortadela?

ELLA.- Bungaló trece.

ÉL.- Adorable. **(Pausa.)** Montesco o no Montesco tu perro es tu perro. Cierto. **(Pausa.)** Hace una noche muy agradable.

ELLA.- La verdad es que sí.

ÉL.- No sé por qué a la gente le da miedo salir a estas horas, creo que no hay nada más confortable que una buena noche, bajo las estrellas.

ELLA.- Tampoco es que haya muchas.

ÉL.- Las suficientes.¿Usted sabe que las estrellas son, de alguna manera, como nuestros latidos del corazón, colgados del techo? Escuche.

(ÉL **dirige su enorme oreja hacia el cielo**. ELLA **hace lo mismo**.)

¿No siente latir su corazón, allá en el firmamento?

ELLA.- **(Hace no con la cabeza**. **Vuelve a intentarlo.)** Lo siento...

ÉL.- ¿Ha visto a Orión?

ELLA.- ¿Algún vecino?

ÉL.- La constelación. Mire ahí. El gigante. Y el toro al lado. Aldebarán.

ELLA.- Mucha imaginación hay que ponerle.

ÉL.- El arte de observar el cielo nocturno es mitad visión, mitad imaginación...

ELLA.- Pues yo sólo veo puntitos.

ÉL.- ¿Como si la noche tuviera mucha caspa sobre las hombreras de su frac...?

(ELLA **le mira**: ***de qué va este***.)

Es sólo el comienzo de un poema. «La noche es nuestra ventana al infinito...» ¡Madre mía...! **(Grita.)** ¡Sirio!

ELLA.- ¿Quién?

ÉL.- Sirio, el faro de la noche, la estrella más brillante...

ELLA.- Pues esa estrella tiene nombre de perro...

ÉL.- Mire, mire...

ELLA.- Déjelo, sólo voy a conseguir una *tortículis*.

ÉL.- ¿Le va a doler, y disculpe, el culo?

ELLA.- Pero qué dice.

ÉL.- Tortícolis, no *tortículis*. Tortícolis. No tiene importancia.

ELLA.- Oiga, no me entero.

ÉL.- Entonces, usted, por la noche, cuando saca al perro, ¿no mira las estrellas?

ELLA.- Pues la verdad es que no.

ÉL.- ¿No?

ELLA.- Prefiero mirar al suelo. Por el vértigo.

ÉL.- Mire un momento hacia arriba, por favor, es sólo un momento.

ELLA.- Joder, qué pesadito se pone usted. **(Mira hacia arriba.)**

ÉL.- ¿Cuántas estrellas cree usted que nos vigilan?

ELLA.- Cuatro mil setecientas veinte. Y yo qué sé. Muchas.

ÉL.- Muchas de ellas ya no existen. Qué absurdo. Vemos luces de seres que se han extinguido hace millones de años. Qué paradoja, ¿no?

ELLA.- *Pssí*. **(Pausa.)** ¿Quiere decir que...? ¿Quiere decir que ahí arriba hay luces, galaxias de esas... que ya no tienen nada detrás...?

ÉL.- Más de las que pudiéramos contar.

ELLA.- En eso se nos parecen.

ÉL.- En qué.

ELLA.- Pues eso: que parece que estén vivas y luego...

ÉL.- Y también hay agujeros negros.

ELLA.- Que están de moda.

ÉL.- Se da usted cuenta. Una bóveda tan enorme y tan inofensiva que ni siquiera merece una mirada. Y que conste que de un momento a otro podía venirnos encima un meteorito y aplastarnos.

ELLA.- No fastidie. **(Empieza a fastidiarle de verdad tanto rollo astronómico**. **Mira su reloj otra vez.)**

ÉL.- En la noche nunca pasa nada, ¿verdad?

ELLA.- Dicen que la luna posee un embrujo diabólico...

ÉL.- Eso es un invento de los americanos, para que nos traguemos sus bodrios de terror. ¿Sabe usted que, aunque le pese a los sociólogos, por la noche la delincuencia disminuye en un 37 %, con un margen de error de 4 puntos arriba/abajo, según nos alejamos del meridiano de Greenwich? ¿Lo sabe?

ELLA.- Perdone, pero a veces parece usted imbécil. ¿Cómo voy a saberlo?

ÉL.- Y todo por los girasoles.

ELLA.- Ah, los girasoles.

ÉL.- Para algunos astrónomos, el cosmos durante la noche se convierte en un apasionante campo de girasoles.

ELLA.- ...

ÉL.- Nos movemos hacia la luz. Usted, por ejemplo, es un girasol.

ELLA.- Qué bonito.

ÉL.- Una lechuga, también.

ELLA.- Gracias por la comparación.

ÉL.- Lo que pasa es que no nos damos cuenta.

ELLA.- Yo desde luego, no lo he notado.

ÉL.- No se puede ni imaginar usted la lenta agonía de una coliflor...

ELLA.- ...

ÉL.- Cuatro días dura desde que la arrancan de la tierra hasta que muere de verdad...

ELLA.- ¿Lo ha cronometrado?

ÉL.- Yo no, los científicos americanos. Angustioso.

ELLA.- Y aburridísimo.

ÉL.- Una noche se viene usted a mi chalet, no está lejos de aquí. Allí tengo plantadas unas lechugas y unas coliflores preciosas, le sorprenderán. Sobre todo por la noche; yo, a veces, me acerco lo más que puedo, ¿no?, hasta tocarlas casi con la oreja. Se ríen, estoy seguro. Les oigo reírse felices.

ELLA.- No estarán acostumbradas.

ÉL.- Tiene que venir a comprobarlo.

ELLA.- Iré.

ÉL.- Sin embargo, durante el día. Esa es otra historia. Deberíamos acostarnos durante el día y trabajar por la noche. Habría menos accidentes, menos líos, la gente sería más feliz...

ELLA.- Y estaríamos todos un poquito más pálidos.

ÉL.- También. Pero, piense por un momento, véase usted misma, con el cinturón del perro, en la mano, la cazadora... Ahora fíjese en mí... somos gente que sacamos perros, cuando cae la noche, girasoles, adultos -no olvide que cuidar de perros es tarea de adultos, los perros son como bebés...

ELLA.- Eso mismo le digo yo a mi hermana, que está empeñada en comprarle un Yorkshire a mi sobrina por su primera comunión...

ÉL.- Error. Tener perros es una acto de paternidad responsable. Si una niña, o un niño, no deberían cargar con un hijo antes, digamos, antes de los quince, por dar una edad, ya me entiende, pues tampoco deberían tener un perro...

ELLA.- Me está leyendo el pensamiento.

ÉL.- Ningún ser merece sufrir por la negligencia de otros, aunque sean niños...

ELLA.- Un perro no es un capricho.

ÉL.- No es un juego, necesita cuidados, mimos...

ELLA.- Sacrificios. Por ejemplo, sacarlo todas las noches del mundo. No el lunes y el viernes, no, todas las santas noches del mundo.

ÉL.- Oficio de gente buena, como usted... y como yo, perdón por la inmodestia, gente civilizada que amamos la vida... gente de la calle incapaz de hacer nada a nadie... Y sabe por qué...

ELLA.- No.

ÉL.- Por la noche.

ELLA.- Si usted lo dice. Ahí ya me pierdo.

ÉL.- La influencia de los canes.

ELLA.- No entiendo.

ÉL.- Arriba. El *can maior* y el *can minor*. Apenas se ven pero están ahí. Ellos nos sacan a pasear a nosotros.

ELLA.- Sigo sin entenderle ni papa. Debería traer con usted siempre un libro explicativo, porque la verdad, parece usted uno de esos que...

ÉL.- Le decía que ahí arriba en el cielo también hay perros.

ELLA.- Vaya. Pues rece usted para que no se nos caguen encima. **(Se da cuenta de que la gracia no le ha quedado demasiado bien.)**

ÉL.- Ya veo que no le interesa.

ELLA.- No. Sí, es muy... curioso.

ÉL.- ¿Sabe usted lo que significa curioso?

ELLA.- Humildemente, creo que sí.

ÉL.- Pues no. No tiene ni idea, y perdone que sea tan rotundo.

ELLA.- Y usted. ¿Es un banquero, un astrónomo, un poeta o un profesor?

ÉL.- Naturalmente un banquero.

ELLA.- Pues equivocó su vocación.

ÉL.- «Curioso» es algo que despierta el interés, viene de la misma raíz que «cura», que...

ELLA.- Oiga, pare el carro.

ÉL.- ¿El de arriba?

ELLA.- ¿Cómo?

ÉL.- Bien. Sólo quería decirle que no utilice las palabras sin saber lo que significan realmente, ése es el principio de todos los problemas. Antes, por ejemplo, ha empezado utilizando el término *clan* con una frivolidad que para qué...

ELLA.- Mire, habitualmente no me encuentro a ningún vecino por aquí. Los que tienen perro lo sacan a otras horas, como haría yo, si no fuera por mi trabajo.

ÉL.- En qué trabaja.

ELLA.- Estoy en el paro. Pero trabajaba de supervisora en unas galerías de alimentación que cerraban muy tarde.

ÉL.- Y...

ELLA.- No tenía más remedio que sacar a la perra a las tantas. Y, si por una de estas casualidades, me cruzaba con alguien, sabe usted de qué hablábamos...

ÉL.- De qué hablaban.

ELLA.- De nada. Dices *hola*. Te dicen *buenas noches*. Dices *qué tal*. *Pues ya ves, tirando*. Y se acabó. Eso es todo. La gente que sacamos perros no tenemos ganas de charlar, estamos cansados, debería saberlo; queremos que los chuchos, perdón, queremos que hagan lo antes posible sus necesidades, que estiren las patitas un poco, y volvernos a casa. Desde luego usted es punto y aparte.

ÉL.- Es que, en esto de los perros, soy algo novato.

ELLA.- ¡Perros...! ¡Cuqui! **(Se acuerda otra vez del caniche**. **Va a volver a las sombras**, **para buscarlo**.**)**

ÉL.- Es inútil. Se ha largado.

ELLA.- ¿Cómo...?

ÉL.- Que ya no está.

ELLA.- Qué dice.

ÉL.- Ya lo ha oído. Lo siento.

ELLA.- Llevo diez meses bajando a este mismo lugar, ¿qué hora es?

(Espera que ÉL **mire su reloj y cuando va a responder**, **segura de acertar**, **se responde**.**)**

Las doce y cuarto. Y Cuqui siempre va directa al cerezo que hay en la entrada de la urbanización, y allí durante...

ÉL.- Cuqui no está. Vaya a comprobarlo.

ELLA.- **(Pausa**. **Sorprendida**, **ensaya un rictus de sonrisa que no termina de quedarle bien**.**)** Con que no tiene usted sentido del humor, vaya que no. Di que no es bromista ni nada. No me va a asustar, lo que quiere es que la que se vaya sea yo, ¿no es cierto?...

ÉL.- Y usted, ¿quiere que me vaya?

ELLA.- Todavía no. En el fondo es usted una buena compañía.

ÉL.- Hasta las doce y media.

ELLA.- Hasta las doce y media. ¿Qué?

ÉL.- A las doce y media, esta noche, tiene usted una cita. Aquí. Como casi siempre.

ELLA.- **(Pausa**.**)** Y usted cómo coño sabe eso. **(Ahora se ha inquietado por primera vez**.**)**

ÉL.- Como sé lo de su perro.

ELLA.- Ya.

(ELLA **está esperando una respuesta**. ÉL **la tiene**.)

ÉL.- Lo he soñado.

(ELLA **lo mira**. **Da la vuelta y se va a por el perro**. ÉL **hace como que mira al suyo**, **perdido en la lejanía**. **Esa mirada encuentra sin embargo algo distinto que se acerca**. **Es** EL OTRO, **un joven de veintitantos años**, **bien vestido**. **Entra y se encuentra al parecer con alguien que no esperaba y no encuentra a la que esperaba encontrar**.)

EL OTRO.- Buenas noches.

ÉL.- Se ha adelantado usted.

(EL OTRO **mira el reloj**: **en efecto**. **Observa a** ÉL.)

Gerarda llega enseguida.

(Pausa.**)**

EL OTRO.- ¿Es usted el nuevo apoderado del Central, verdad? Es la primera vez que le veo por aquí...

ÉL.- Si molesto, me voy...

EL OTRO.- No, por Dios, quédese, sólo que...

ÉL.- No se preocupe, me marcho en pocos minutos, cuando vuelva Gorg.

EL OTRO.- ¿Gorg?

ÉL.- Mi doberman.

EL OTRO.- No me pareció ver ningún perro. Qué curioso.

ÉL.- Oiga. ¿Sabe usted lo que significa...?

EL OTRO.- Qué.

ÉL.- Nada.

(Entra ELLA, **abatida**, **y va a ir directa a los brazos de** EL OTRO, **pero repara en** ÉL, **reprime el abrazo**.**)**

ELLA.- No está, Cuqui no está. La he buscado por todas partes y no está.

ÉL.- Ya se lo dije.

(ELLA **no le hace caso y sigue queriendo hablar a** EL OTRO, **como ignorándole**. **Está agitada**.)

ELLA.- No ha podido cruzar la carretera. Sabes que es incapaz, desde muy pequeña nunca...

ÉL.- Está muy bien educada...

ELLA.- ¡Cállese! ¡Ya está bien, no? Le divierte la situación... Usted jugando a clarividente y...

ÉL.- No se altere, sólo quería...

EL OTRO.- Es el nuevo apoderado del Central.

ÉL.- ... facilitarle las cosas. Usted no me cree pero por mucho que la busque no la va a volver a ver en un tiempo, no sé cuánto, y créame que lo siento. Acéptelo lo antes posible... Será mejor para usted...

ELLA.- Será cretino...

EL OTRO.- Es el nuevo apoderado del Central.

ELLA.- ¿No sabes decir otra cosa?

EL OTRO.- Perdona, pensé que...

ELLA.- Cuqui, ¿dónde habrá ido...?

ÉL.- Tampoco puedo responderle. **(Pausa.)** No se lo puedo asegurar, pero igual está muerta.

(Pausa.)

ELLA.- Usted está loco...

(Y se abalanza sobre ÉL **para arañarle en la cara**, **pero** EL OTRO **se interpone**.**)**

EL OTRO.- Tranquila, Gerarda. No es más que un malasombra.

ELLA.- Con cara de doberman.

EL OTRO.- Hostia, es verdad.

ELLA.- No veas la paliza que me ha pegado con las estrellitas. Pedante de mierda. Y por si fuera poco dice que sabe que Cuqui no está porque lo ha soñado.

ÉL.- Así es. Y ahora debo hacer como que me voy aunque ustedes...

ELLA.- Eh, ahora no se vaya...

ÉL.- No me van a dejar...

(Pausa.)

ELLA.- ¿No le habrá hecho usted nada a Cuqui? No me fío ni un pelo. **(Lo dice como un insulto**, **sin convicción.)**

(**Pausa**. ÉL **posee algo especial**, **un magnetismo incordiante por lo extraño**. ELLA **y** EL OTRO **se miran**, **tan incrédulos como impotentes**. ELLA **no aguanta más y se abraza a** EL OTRO **con todas sus fuerzas**. ÉL **los mira y se marcha**. ELLA, **tras ver que** ÉL **se ha marchado**, **lleva la iniciativa de un apasionado beso aplazado**. **Le dice a** EL OTRO.)

Bésame.

(EL OTRO **no termina de decidirse**. **Lo hace** ELLA **y se enchufa a su boca**. **Todavía no ha empezado a saborear el calor de los labios cuando regresa**, **silencioso**, **parsimonioso**, ÉL; **los contempla**. **Carraspea**.)

ÉL.- ¿Han visto por aquí pasar a Gorg?

ELLA.- ¿Gorg?

EL OTRO.- No. Su perro.

ÉL.- Perdonen, pueden seguir. **(Se marcha**.**)**

EL OTRO.- Qué tipo tan raro. Y me habían hablado muy bien de él.

ELLA.- Cuqui, dónde se habrá metido...

EL OTRO.- Ya aparecerá, no te preocupes.

ELLA.- Tampoco es que te inquiete demasiado.

EL OTRO.- No empecemos.

ELLA.- Es más, siempre le has tenido una manía que...

EL OTRO.- No es cierto.

ELLA.- Sabes que sí.

EL OTRO.- ¿Quieres que discutamos, esta noche, cuando hace más de veinticuatro horas que no nos vemos y estaba loco por abrazarte y ahora esa maldita Cuqui. Como siempre. A saber dónde estará, pues estará por ahí follándose al doberman ese, ¿qué se yo..?

ELLA.- A veces consigues ser repugnante.

EL OTRO.- Vale. Dejémoslo.

(Intenta abrazarla.**)**

ELLA.- Vete a la mierda.

EL OTRO.- Tranquilízate, creí que estabas mejor, ya veo que estoy equivocado.

ELLA.- No. Estoy mejor, mucho mejor. Hasta duermo y todo. Pero podías ser más delicado.

EL OTRO.- Pues te vuelvo a notar nerviosa. Y no nos interesa.

ELLA.- Vale, lo acepto: esta noche estoy algo nerviosa.

(**Irrumpe** ÉL.)

ÉL.- ¿Es por mi culpa?

ELLA.- Qué.

ÉL.- Que está nerviosa.

ELLA.- ¡Yo no estoy nerviosa!

ÉL.- (**A** EL OTRO.) Pues lo parece, ¿verdad?

EL OTRO.- ¿Por qué no se mete en sus asuntos?

ÉL.- Eso hago.

ELLA.- Mire, cara de pachón...

EL OTRO.- No te pases...

ELLA.- ¿Es que no es verdad...?

EL OTRO.- Sí.

ELLA.- Pues entonces. Y cállate. Mire usted, me está empezando a hartar con sus tonterías. Y le diré una cosa: nada más verle, hace un ratito, me dije: no hay nada que dé más confianza que un hombre como éste, tan... normal, tan... distinguido... tan seguro de sí mismo... sacando a pasear a su perro. Qué tierno. Vaya patinazo. Si hubiera sabido lo pelma que...

ÉL.- Se equivoca.

ELLA.- Eso lo dirá usted.

ÉL.- Lo de pelma, puede ser. Ahora, lo de «tierno», ya me lo dirá usted dentro de unos minutos.

ELLA.- No tiene usted pinta de matón.

ÉL.- No lo soy.

ELLA.- Pues lárguese con su música a otra parte.

ÉL.- Mi música está aquí.

ELLA.- Está bien. (**A** EL OTRO.) Me voy. Llámame a casa.

ÉL.- Por qué no se van juntos...

EL OTRO.- Y a usted qué le importa.

ÉL.- Era sólo una pregunta. No sé, como los acabo de ver abrazándose...

EL OTRO.- Y si le parto las narices.

ÉL.- Me saldrá mucha sangre.

ELLA.- Esto es increíble. **(Y ahora levanta la voz para decir**.**)** ¿Quién es usted?

EL OTRO.- **(Cuidado con los gritos**: **el vecindario**.**)** El nuevo apoderado del Central.

ELLA.- Aparte. Alguien tan «influyente» no va incordiando por ahí al personal como un gilipollas. (**A** EL OTRO.) Tú porque no le has aguantado el rollo de los girasoles.

EL OTRO.- De qué.

ÉL.- Verá, es que...

ELLA.- Cállese. ¿No será usted de una secta?

(ÉL **sonríe**.)

ÉL.- O de un clan.

ELLA.- No te digo, es de una secta.

ÉL.- Si trabajar en un banco es ser de alguna secta...

EL OTRO.- No crea que dice ningún disparate.

ÉL.- Si me escucharan un minuto se darían cuenta de que esto también va conmigo.

EL OTRO.- ¿Esto?

ÉL.- Ustedes ya me entienden.

(ELLA **y** EL OTRO **se miran asustados**.)

ELLA.- Veré si encuentro a Cuqui. **(Va a marcharse**.**)**

EL OTRO.- ¿Qué vas a hacer?

ELLA.- No sé.

ÉL.- Llame a la Policía. A lo mejor el 091 moviliza a toda su flota para encontrar a su Cuqui.

ELLA.- Muy gracioso.

ÉL.- Sé demasiado.

ELLA.- Pues preséntese a uno de esos concursos de la tele, a ver si...

ÉL.- El día que desapareció su marido usted también sacó a pasear al caniche.

ELLA.- Pero qué demonios dice usted...

ÉL.- Bajó usted con una gabardina gris...

ELLA.- Qué.

ÉL.- Bajó usted con una gabardina gris.

ELLA.- Pero qué mierda está diciendo.

ÉL.- Le llamó por teléfono..

ELLA.- A quién.

ÉL.- Eso dígamelo usted a mí.

ELLA.- Bueno, ya está bien. **(Hace un amago como de querer marcharse**, **después se lo piensa mejor**.**)** Si es usted un mirón, me trae sin cuidado, si se aburre en su banco y ha oído campanas, también, mire, déjenos en paz y...

ÉL.- No puedo.

ELLA.- Cómo que no puede...

ÉL.- Hasta que no les cuente, no. Es un problema personal. Digamos que como una enfermedad.

ELLA.- Empecemos por ahí.

ÉL.- Siéntense, por favor.

EL OTRO.- Hazle caso.

ELLA.- Pero tú has visto la hora que es.

EL OTRO.- Que suelte y se largue de una vez.

(ELLA **y** EL OTRO **se sientan en el banco**.)

ÉL.- Lo del sueño es verdad.

ELLA.- Y dale...

ÉL.- Me pasa una o dos veces al año. He ido a psiquiatras, a toda clase de especialistas, y nada, dicen que lo mío no tiene remedio y que, además, tampoco tiene que preocuparme.

EL OTRO.- Qué le pasa.

ELLA.- Eso, tú dale cuerda. (**A** EL OTRO.) Está loco.

ÉL.- Mis sueños son muy especiales.

EL OTRO.- Pesadillas.

(ELLA **le fulmina con la mirada**: ***Cállate***.)

ÉL.- No. A veces son agradables.

ELLA.- Pues mira qué bien.

ÉL.- A veces no.

ELLA.- A todos nos pasa.

ÉL.- Pero a ustedes no se les cumplen.

EL OTRO.- ¿Cumplir qué?

ÉL.- Los sueños. Para bien y para mal. Por eso es preferible no soñar. No dormir.

ELLA.- (**A** EL OTRO.) Está como una cabra.

ÉL.- Hace unos meses soñé que me trasladaban a esta ciudad. Al día siguiente me lo comunicaron oficialmente.

ELLA.- Casualidades de la vida.

ÉL.- Pero yo no había pedido ningún traslado.

EL OTRO.- Curioso.

ELLA.- Habla con propiedad, que el académico se pica.

ÉL.- Soñé, de esto hará ya cinco o seis años, un número, seis cifras. La lotería.

ELLA.- Y se hizo millonario.

ÉL.- No juego a nada, por principios. Uno de esos que te limpian los cristales de los coches, en un semáforo. Le dije: qué quieres, veinte duros o que te diga el número que va a caer en el gordo de Navidad. Me dijo: veinte duros. De todas formas, le regalé como propina la cifra que había soñado: el 233109. Y tocó. A los pocos días leí en el periódico que un mendigo, en la zona donde éste solía actuar, se había suicidado. Era él. Imagino que no llegó a comprar el décimo.

EL OTRO.- Es difícil de creer, ¿no?

ÉL.- Admito que sí. Ya sabe usted, lo de Dostoyevsky, la realidad supera a...

ELLA.- Qué pesadito, Dios. Bueno, pues si ya se ha desahogado con nosotros, toca despedirse...

ÉL.- Lo que les he contado es sólo anecdótico. Lo complicado empieza ahora. Ahora les toca.

ELLA.- Soñó con Cuqui.

ÉL.- No. Un sofrólogo peruano me enseñó a dormir sin soñar. Para la mayoría de expertos es algo imposible. Es una técnica complicadísima y que no siempre da resultado. Ya les digo, en mi caso funciona el 99% de las veces. Sólo que todavía me queda ese 1%. **(Pausa.)** Y usted (**Por** ELLA.), o sea, indirectamente, ustedes, han entrado en mi uno por ciento.

(ELLA **y el** OTRO **se vuelven a mirar**, **no terminan de creerse nada**, **pero algo les inquieta**.)

Lo sé todo. Mala suerte. He avisado ya a la Policía. Llegarán en un momento.

EL OTRO.- Gracias, pero no creo que la perra...

ÉL.- No vienen por la perra. Es por usted (**Por** ELLA.)

EL OTRO.- Qué quiere decir.

ÉL.- Que fui directamente y les conté lo que había soñado.

EL OTRO.- ¿Y qué tiene que ver con nosotros?

ÉL.- Por favor, no finjan más. Conmigo no les va a servir de nada. Ustedes ocultan algo. Mucho. Compréndanlo, para mí era una obligación moral, un compromiso con mi conciencia, no podía callar por más tiempo. En el fondo, créanme, siento haberme cruzado en su camino.

(Pausa. **Calma tensa**.**)**

ELLA.- No creo que sea para tanto.

ÉL.- Mire, Gerarda, usted sabe tan bien como yo que su marido no le abandonó.

EL OTRO.- Y usted cómo sabe que su marido le abandonó.

ÉL.- Además de porque no se habla de otra cosa en el banco, porque...

ELLA.- Lo soñó.

ÉL.- Hace unas semanas. Fue un sueño que duró más de lo normal. Un culebrón. **(Cuando relata sus «sueños» enturbia algo la mirada**, **pestañea**.**)**

ELLA.- Y nosotros somos los protagonistas.

ÉL.- Sí. Su marido y usted no tenían nada que ver desde hace bastante tiempo.

ELLA.- Qué dice.

ÉL.- Que su marido era homosexual, que se casó con usted como se casan tantos homosexuales en esta país, porque sí. Que, por mucho que lo intentó usted, nunca pasó nada en la cama. Que su marido tenía un amante a bastantes kilómetros de aquí. Un hombre al que visitaba periódicamente y usted lo sabía, porque le permitía a su vez tener a usted sus propios amantes, como el presente; por cierto, algo más joven que usted...

ELLA.- Grosero.

ÉL.- Y que ustedes..., bueno, usted (**A** ELLA.) lo mató.

ELLA.- Fin. *Tatachín*. Fin. **(Aplaude.)** Está de siquiátrico.

ÉL.- Psí, «psí»...

ELLA.- Cómo.

ÉL.- Psí... «Psiquiátrico»...

ELLA.- Te juro que lo mato. **(Pausa.)** O sea, que ahora los matones somos nosotros.

ÉL.- El silencio de su amigo sólo lo convierte en encubridor. La asesina es usted.

ELLA.- Hace un rato me dijo todo lo contrario.

ÉL.- Alguna fórmula debía inventar para acercarme. Lo cierto es que pasa lo contrario de lo que se supone: todos llevamos detrás nuestras historias más negras. Y los que sacan a pasear sus perritos, por la noche, como usted, son todavía más sospechosos. Gente solitaria, envuelta en intrigas.

ELLA.- Conque girasoles.

ÉL.- Negros. No acabé la frase.

ELLA.- Dirá «somos».

ÉL.- Son. Sólo llevo la correa. No tengo perro.

EL OTRO.- ¿Y el doberman?

ÉL.- No existe.

(EL OTRO **y** ELLA **se levantan**.)

EL OTRO.- Vámonos. Te acompaño.

ELLA.- Pero...

EL OTRO.- Prefiero que me vean tus vecinos a aguantar a este paranoico. Además, es peligroso.

ELLA.- Está bien.

ÉL.- Usted lo descuartizó sádicamente y lo ha ido enterrando, poco a poco, como en una novela por entregas, durante doce noches, en este jardín. Sus restos andan por ahí, probablemente esparcidos, y los perros se mean encima.

EL OTRO.- Qué imaginación.

ÉL.- En una pequeña bolsa negra usted bajaba pedacitos de su marido, y los iba colocando estratégicamente: un trozo de bazo un día, otro una mano, el otro la cabeza... En algún rincón de este jardín. El sitio concreto no se lo puedo especificar, ahí no llegó mi pesadilla, siempre tienen alguna que otra laguna. Como, antes, con su perrita. Tampoco acierto a entender si su novio realmente sabe lo sucedido o permanece en Babia. Si se sumó a tan macabro plan o... ¿se sumó? Contésteme, ¿se sumó?

ELLA.- **(Primero le ahoga la respuesta**. **Después explota**.**)** Qué qué qué que... pues claro que no, ¡animal!

EL OTRO.- Mire lo que le digo. Voy a ir a una cabina y pienso llamar de verdad a la Policía para decirles que un loco anda suelto por esta urbanización. Así que lo mejor para usted será largarse cuanto antes.

ÉL.- Hágalo. Pero ya están de camino. **(Mira su reloj**.**)** Como mucho en diez minutos se plantan aquí. Esta mañana llamé desde el despacho. Estuve hablando con el Comisario Jefe. Evidentemente no me creyó al principio. Le invité a comer y, después que le pedí que verificara algunos hechos, no tuvo más remedio que aceptar la realidad. Y eso que el crimen lo único que va a hacer será perjudicar el buen nombre de la ciudad. Imagínense, a partir de ahora, esto será conocido como la ciudad de tan cruel asesinato. Y se llenará de cientos de visitantes morbosos. **(Pausa**.**)** Me costó una buena mariscada convencerle. A lo mejor convierten su casa en un museo macabro de esos...

EL OTRO.- Escúcheme bien. No sé lo que pretende, pero hay algo claro: usted no está bien de la cabeza y, por lo que veo, insisto, es bastante peligroso. Si no fuera usted un pez gordo, no le haría nadie ni puto caso. Esas gilipolleces que usted cuenta, las dice un paria y lo encierran. Claro, que tratándose de alguien como usted, al menos le escuchan. Y me temo que más de un subnormal hasta se trague el anzuelo.

ELLA.- La pasta es capaz de hacer creíble hasta Indiana Jones.

ÉL.- El único crimen que hemos cometido ha sido querernos, en un pueblo de mierda como éste, en el que si un marido se larga todavía le echan la culpa a la mujer. Y a saber cuánto tiempo vamos a tener que seguir viéndonos a escondidas.

ELLA.- Así llevamos más de siete meses, desde que se largó. A Víctor (**Por** EL OTRO.) lo conocí al poco tiempo de que mi marido hiciera las maletas.

ÉL.- Pero no las hizo.

ELLA.- Es un decir, señor. Se fue, sin decir ni pío. Y si al menos hubiera hecho las maletas le hubiera preguntado por qué las hacía, podía haberme dado una explicación. Un detalle. Pero no, al parecer no me merecía ni un hasta luego. Cuatro años con él y ni adiós. Estuve esperando un par de días, hasta que pensé en acudir a la Policía por si le había pasado algo, por si había tenido algún accidente. Iba a salir de casa, hacia la comisaría, cuando sonó el teléfono. Era él. Sólo me dijo que ya no nos veríamos más. Que estaba de mí hasta los mismísimos huevos y que había preferido perderme de vista para siempre. Que se buscaría la vida en otro lugar; lo prefería a tener que aguantarme más.

ÉL.- Recita usted, tal cual, la versión oficial, lo que contó a la Policía. Como si lo hubiese aprendido de memoria.

ELLA.- La he contado más de cien veces. Al final terminas pareciendo un papagayo.

ÉL.- Un papagayo mentiroso.

(Por enésima vez, ELLA **se enrabieta**, **va hacia** ÉL, **le levanta el brazo**.**)**

¿Sabe usted que se ha inventado el divorcio? Hoy en día nadie tiene que emigrar para separarse de su mujer.

ELLA.- ¿Usted no conoce a mi marido, verdad? Divorciarse, separarse, esas palabras no entran en su diccionario. Significan fracaso. Él prefiere dejarlo todo, marcharse a otro lugar, retirarse en plan triunfador y ahí te pudras. De esta forma él es el que lleva la iniciativa. No le he dejado yo. Me ha dejado él.

ÉL.- En ese caso no sé por qué quería acudir a la poli.

ELLA.- Han sido casi cinco años de vivir juntos. También hemos pasado nuestros buenos ratos. Podía haberle sucedido algo, como ya le he dicho. Y además, qué coño, se puede saber qué hago yo contándole a un chalado como usted estas cosas. Váyase a la mierda, hombre, y déjenos en paz.

ÉL.- Me temo que esto no va a poder ser.

ELLA.- (**A** EL OTRO.) No hace falta que me acompañes. Te llamo mañana a la oficina. Necesito dormir un poco, ya se me ocurrirá algo para encontrar a Cuqui. Al fin y al cabo no puede haber ido muy lejos y no te extrañe que regrese sola a casa, como hace dos años, te acuerdas, cuando la dejé en casa de mi cuñada. **(Besa a** EL OTRO. **Se va a marchar pero** ÉL **la agarra de un brazo**, **con cierta violencia**, EL OTRO **le empuja y consigue que la suelte**. ELLA **le quita el collar del inexistente doberman**.**)** Tiene manchas de sangre. ¡Cuqui! Dios mío... ¿No habrá...?

ÉL.- Esa sangre es mía.

ELLA.- Todavía está fresca.

ÉL.- Un arañazo, nada más. Me lo hice con las ramas del rododendro que...

(Pausa. ELLA **todavía no se ha sobrepuesto cuando se oyen unos ladridos**. **Puede ser Cuqui**. ÉL **sonríe mientras se limpia la sangre con un pañuelo**. ELLA **hace el gesto de marcharse**.**)**

Antes de irse, tenga la valentía de escarbar...

ELLA.- Está usted como una regadera.

ÉL.- Escarbe.

EL OTRO.- ¿Dónde?

ÉL.- Ustedes sabrán. No será difícil acertar. Ya le dije que desconozco el sitio exacto.

ELLA.- ¿No le irás a hacer caso otra vez?

EL OTRO.- Tráete a Cuqui y acabemos con esto.

(EL OTRO, **sin que** ÉL **se dé cuenta**, **le hace gestos a** ELLA **explicitando la innegable locura del banquero**. **Después**, **se dirige hacia el banco**. ELLA **sale del escenario en busca de Cuqui**. EL OTRO **hurga sobre un pequeño terreno cercano al banco**. **Lo único que consigue es ensuciarse la mano**.)

ÉL.- Un poco más atrás, quizás...

(EL OTRO **obedece**. **Nada**. **Vuelve** ELLA.)

ELLA.- Nada.

(Observa a EL OTRO **escarbando sobre el césped**.**)**

¿Qué, te diviertes?

ÉL.- Y usted...¿por qué se pone tan tensa? No tiene nada que temer... ¿no?

EL OTRO.- (**A** ELLA.) La última. A ver si así se calla de una vez.

ELLA.- Pero serás imbécil, por qué coño le tienes que hacer caso al energúmeno éste.

ÉL.- ¿Le parece una buena razón?

(Y le enseña una recortada que se ha sacado de la manga como un diestro prestidigitador. ELLA **se desvanece**. EL OTRO **va hacia** ELLA. ÉL, **antes**, **le obliga a enseñar la mano**, **está bañada en barro**. **Sólo barro**. ÉL, **entonces**, **mira hacia el cielo**, **donde sueñan los girasoles**.

Algunos perros ladran en la lejanía.

La luna menguante desaparece lentamente.

EL OTRO **socorre a** ELLA, **ausente**.

Oscuro.**)**

II

Luna llena

Antes que nada, **la luna enseña su gordura lechosa**. **Han pasado un par de semanas**. **Todo sigue igual a la misma hora**: **las farolas no han sido arregladas y siguen con su pestañeo particular**. **El eco televisivo de una película china en versión subtitulada puede añadir un toque exótico pero cierto**. **Las estrellas apenas si se han movido**, **aunque la noche parece más clara**. **Unos cuantos ladridos gimotean en algún lugar**.

Sentado en el banco junto a un aparatoso portafolios, ÉL **espera pacientemente**. **Mira hacia el cielo buscando la ubicación de Géminis y se da cuenta de que debe llevar así un buen rato ya**, **porque el cuello le amenaza con una tortícolis galopante**. **Balancea suavemente la correa del perro**.

Entra ELLA, **da la impresión de que acaba de dejar a Cuqui haciendo sus perrerías**. **Se muestra cauta**. **Mantiene las distancias**. **No se fía**.

Hay un silencio largo. **Después** ÉL **se levanta**.

ÉL.- Buenas noches.

ELLA.- ...

ÉL.- Ante todo, gracias por venir.

ELLA.- ...

ÉL.- Quiero decir, ya sé que ésta es la hora de su Cuqui, pero después de hacerle llegar mi invitación albergaba pocas esperanzas de que no hiciese usted hoy una excepción.

(ELLA **alucina tras la perorata**.)

Hoy sí que he traído chucho, mire. **(Le enseña la correa**.**)** Anda por ahí, es el perro de un amigo, no sé ni cómo se llama pero es horrible. Ya sabe usted que odio a todos los bichos que vayan a cuatro patas.

ELLA.- ...

ÉL.- Por cierto, me alegro que al fin la encontrara...

ELLA.- ...

ÉL.- A su perra. Ya le dije que tardaría algunos días en localizarla, pero gracias a Dios que al final, mire por dónde...

ELLA.- ...

ÉL.- Sólo le dije que «quizá» estaba muerta. Ya le comenté que...

ELLA.- ...

ÉL.- ¿Tiene usted algún problema con las cuerdas vocales?

(ELLA **dice *no* con la cabeza**.)

Mejor. ¿Ha visto qué noche tan espléndida nos hace hoy?

(ELLA **da un bufido de terror**.)

No sé dónde diablos se ha metido Pólux, pero...

(Se percata de que ELLA **da vuelta atrás y decide retirarse a tiempo.)**

Eh, vuelva por favor, perdone, le juro que no le vuelvo a hablar de...

(ELLA **vuelve**.)

ELLA.- Si vuelve usted a hablarme de estrellitas no me ve el pelo en su vida.

ÉL.- ¿Ni de girasoles? ¿Sabía usted que...?

ELLA.- ¡Ni de girasoles, ni de coliflores, ni de...!

ÉL.- Se lo juro, Gerarda.

(**Patadón moral en el estomago de** ELLA.)

ELLA.- ¿Dónde aprendió usted a sacar de quicio? ¿Es autodidacta o va a clases particulares?

ÉL.- «Autodidacto». Se dice «auto...»

ELLA.- Dios...

ÉL.- Innato. Deben de ser los genes. He practicado desde muy pequeño. Como era tan feo tenía que refugiarme en algo. En el cole hubo un viejo profesor, el Danone le llamábamos, que casi se suicida por mi culpa. Intentó envenenarme haciéndome tragar un bote de tinta china, me engañó diciendo que si me lo bebía de un trago me volvería como el Capitán Trueno. No me mató, pero estuve defecando petróleo más de una semana. Por lo visto yo era superior a sus fuerzas. Me dijeron que el Danone fue feliz y hasta se reía y bromeaba el tiempo que yo estuve de baja. Una mañana volví a clase, ya repuesto del todo, y se le borró la sonrisa para siempre. Le dije: *póngame el doble de tarea para casa, tengo que recuperar el tiempo perdido*, como diría Proust, señor profesor. El Danone no hizo ningún comentario, torció la boca así, abrió la ventana y se arrojó al vacío. Bueno, cayó encima del *cientoveintisiete* del director. Y no se mató, quedó parapléjico. Le hice sólo una visita al hospital y, nada más entrar yo por la puerta, con la única mano que le quedaba útil me lanzó una botella de suero. Y el pobre susurraba como podía: *que lo maten, por favor, que lo maten*... Creo que no me aguantaba.

ELLA.- No soy la única.

ÉL.- Lo siento, sólo quería decirle que como hoy hay luna llena las... **(Señala hacia arriba para evitar mencionarlas.)** se ven menos y no tiene usted nada que temer. La he citado a usted aquí, además de por lo que usted sabe, porque comprenderá que le debía una disculpa...

ELLA.- Algo más que eso, no cree...

ÉL.- Lo creo, lo creo, por eso le propuse la... compensación.

ELLA.- Hablando clarito: es por lo único que he venido. Si tuviera trabajo, mire usted, de lo que sea, eh, de lo que sea, de repartidora de butano o cuidando leprosos... hoy le juro que le hubiera cambiado el turno a Cuqui.

ÉL.- Imagino. ¿Le apetece un chicle?

ELLA.- No. **(Le apetece.)**

ÉL.- **(Abre el portafolios**, **saca un chicle.)** Tome, el chicle que le apetece...

ELLA.- No, gracias. Además sólo me gusta una clase de chicles que seguro...

ÉL.- De plátano. Como éste.

(ÉL **le deja el chicle de plátano en un extremo del banco**, ELLA **se acerca para cogerlo como quien teme la repentina zarpa de un león asesino tras su jaula**.)

ELLA.- ¿Lo ha «soñado» también?

ÉL.- Sí.

(ELLA **coge al fin el chicle**. ÉL **suelta la zarpa**, **la agarra de un brazo**.)

Todos cometemos errores. Todavía me cuesta admitirlo. Fue un sueño tan lúcido, tan trasparente. Y, en serio, no piense que no me hace feliz equivocarme, todo lo contrario. Los hechos indican que, definitivamente, no soy infalible, que mis sueños hacen agua por algún lado. Para mí eso es algo así como una luz al final de este túnel en el que me encuentro. Ahora simplemente le pido una oportunidad para obtener su perdón. Eso es todo.

ELLA.- ¿Citándome a la misma hora, en el mismo sitio?

ÉL.- Existe una explicación.

ELLA.- ¿Y por qué no me la dio en su despacho?

ÉL.- Soy un caballero.

(ELLA **se suelta**.)

ELLA.- Qué pasa, ¿en su despacho es un caballo?

ÉL.- No me refiero a eso, señorita, señora. Quiero decir que un caballero es siempre un caballero, esté donde esté.

ELLA.- Pues yo hubiera preferido reunirme con usted en otro sitio y no aquí. No me trae buenos recuerdos. Desde que pasó lo que pasó saco a Cuqui sólo un poco más allá de la portería, no me alejo ni diez metros. Vivo con el miedo en los huesos. Gracias a usted, caballero.

ÉL.- Sí, lo admito, vivimos una pesadilla.

ELLA.- ¿Vivimos?

ÉL.- Usted, aquí, yo en casa. Insisto: por lo visto, me equivoqué de sueño, eso es todo. O me equivoqué en los protagonistas, yo que sé. Nunca antes me había pasado.¿Acerté lo de Cuqui, no? Bueno, en parte.

ELLA.- No empecemos, que me largo.

ÉL.- Mucho amenaza usted...

ELLA.- Adiós. **(Se va.)**

ÉL.- Sólo tiene que firmar estos papeles. Mañana mismo empieza a trabajar en el banco.

(ELLA **vuelve**.)

ELLA.- ¿En el mismo banco que usted?

ÉL.- Pues claro. Sólo tengo un banco.

(ELLA **se va**.)

Pero en la sucursal número dos. En la otra punta de este maldito pueblo.

(ELLA **vuelve**.)

¿Ha traído fotocopia del D.N.I.?

(ELLA **asiente**. **Se lo da**.)

Va a ganar usted más que el Subdirector. Firme aquí y aquí.

ELLA.- Antes me gustaría saber qué firmo.

ÉL.- Ya veo que sigue confiando plenamente en mí.

ELLA.- ¿Confiaría usted en una mente tan calenturienta como la suya?

ÉL.- Qué equivocada está. Es usted injusta conmigo. Si me conociera no diría eso.

ELLA.- Déjelo, no tengo la menor intención. Sólo pienso que es usted un mameluco que...

ÉL.- ¿Sabe bien lo que es «mameluco»?

ELLA.- Sí: usted. «Chucho». Y punto, joder, qué plasta con las palabritas. Sí, es usted un mameluco «importante» que ha metido la pata hasta el fondo y ahora no sabe qué hacer para disculparse. Pues bien, me ha ofrecido trabajo. Lo acepto y asunto concluido. Y agradezca que no le denunciara a la policía...

ÉL.- No tenía nada que hacer.

ELLA.- Eso pensé.

ÉL.- Yo mismo pedí disculpas al Teniente. Antes de que se personara aquí le telefoneé indicándole que no viniera, que todo había sido un error. Un error mío. Desde entonces hemos comido varias veces juntos.

ELLA.- No gana usted para mariscadas; bueno, seguro que sí.

ÉL.- Además, y permítame, aunque pueda molestarle, se quedó sin testigo.

ELLA.- Cabrón.

ÉL.- No se entera usted de nada. Que conste que la pistola estaba descargada, tengo licencia de armas. La tengo en el despacho. Un banquero tiene que estar siempre preparado, pura precaución, la llevaba encima por si acaso... y luego juzgué oportuna utilizarla para intimidarla.

ELLA.- Qué pico más insoportable. Oiga, me da esos papeles o qué.

ÉL.- Enseguida. ¿No cree que con un simple «perdone usted» la cosa se hubiera solucionado? Vamos, que si cada vez que uno mete la pata tuviera que ir contratando a la gente no habría paro en este país. Tome.

(Le entrega los papeles. ELLA **se acerca a la farola**. **Los lee**.**)**

Antes de que se largue, dos cosas: una, repito, es la primera vez que un sueño mío no se cumple y todavía no termino de creérmelo; dos, **(Tras una pausa**.**)** he vuelto a tener un sueño parecido que es condición indispensable le cuente para que yo firme ahí, junto a su firma, dando el pláceme al contrato...

ELLA.- Ni hablar.

ÉL.- Condición indispensable. Por eso estamos aquí, no por otra cosa. Quiero dormir tranquilo el resto de mi vida, no quiero que me persiga la sombra de...

ELLA.- Está bien, bueno, ya veremos.

ÉL.- Y tres...

ELLA.- Ha dicho dos.

ÉL.- Víctor trabaja conmigo. **(Pausa.)** Por eso hace dos semanas que no lo ve. Lleva secretaría de *marketing*.

ELLA.- Por mí como si le lava los retretes, que es para lo único que sirve.

ÉL.- Es muy guapo.

ELLA.- Tomándole a usted como modelo, hasta un perro pachón. **(Se desespera**.**)** ¿Será posible? Me había propuesto no soltar prenda y ya llevo diez minutos de cháchara gilipollas, oiga, porque con usted...

ÉL.- Debería cuidar su vocabulario...

ELLA.- ... me pasa lo que no me pasa con nadie, se lo aseguro,

ÉL.- Tiene usted mucha más clase de lo que sale por su boca...

ELLA.- ... una no es que sea seca, pero tampoco acostumbra hablar por hablar y...

ÉL.- A Víctor no le costó tanto firmar. Es más, no le costó nada. Ya ha leído, firme.

(ELLA **da una última miradita a los folios**.)

ELLA.- Aquí no pone...

ÉL.- Las cuestiones puramente laborales las negociará directamente con el administrativo. Esto que tiene usted delante es mi compromiso personal de contratarle antes de que acabe el mes. La mitad del país se partiría el pecho por tener un documento parecido. Firme.

(ELLA **firma varias veces**, **firma en páginas distintas**, **no quiere perderse una rúbrica**. **Firma a toda velocidad**, **como quien dice adiós al paro y no se lo cree del todo**. **Hasta le empieza a brillar la sonrisa**. **Tiene la necesidad de salir de estampida**.)

Ahora escuche.

ELLA.- El qué.

ÉL.- El último sueño.

ELLA.- **(Adiós sonrisa.)** Joder.

ÉL.- Falta mi firma, señorita. Sea usted mínimamente sensata, o mejor, para utilizar el vocablo adecuado: «pragmática».

ELLA.- Joder. Joder.

(A ÉL **le ha molestado la reiteración del taco**. **Parece que va a perder la compostura**, **pero no**.**)**

No se crea que voy por ahí soltando tacos, pero, mire, cuando me veo, de repente, envuelto en el diálogo de besugos en el que usted es un virtuoso, mire, me entran unas ganas de decir -por llevarle la contraria a su tontería, no por otra cosa- digo, decir *hostia*, *mierda*, *puta*... *joder*... *me cago en*...

ÉL.- Basta.

ELLA.- Le aseguro que no lo soy habitualmente.

ÉL.- Le digo que basta, que pare. Siéntese.

ELLA.- Me quedo de pie, luego me duele menos el estómago.

ÉL.- Como quiera... **(Repite el medio trance de la primera escena**, **enturbia algo la mirada**, **mira hacia un punto perdido.)** Un hombre más bien alto, ojos claros. En la bañera. Madrugada. Está muerto. Es la primera parte del sueño en el que supuestamente entraba su difunto marido...

ELLA.- ... mi marido está vivo.

ÉL.- Resulta que he soñado las primeras piezas de un rompecabezas. Ahora sólo me faltan las últimas. Sigo: usted lleva un cuchillo de cortar jamón. Y un impermeable para que no le manche al salpicar la sangre.

(ELLA **desorbita la mirada**. **Le pasa lo de siempre**: **no sabe si chillar o morder la yugular del soñador**.)

ELLA.- ¿Y...?

ÉL.- Ya está.

ELLA.- Cómo que ya está. ¿Así de cortos tiene usted los sueños?

ÉL.- Habitualmente no, pero éste, sí. Además, este sueño tiene algo atípico, lo he soñado siete veces. Durante toda la semana pasada. En esta ocasión no he ido a la policía...

ELLA.- Ya estaba bien de mariscadas.

ÉL.- He ido directamente a mi psiquiatra. Me ha explicado el posible significado de ese siete. Qué siniestra coincidencia, siete, fíjese bien: como los siete infantes de Lara, los siete pecados capitales, las siete maravillas de mundo...

ELLA.- Blancanieves y los siete enanitos, oiga, por qué no cierra ya la enciclopedia...

ÉL.- Siete. Las siete cuchilladas que usted, bueno, «presuntamente», asestó a su marido antes de empezar a descuartizarlo.

(Pausa.)

ELLA.- **(A punto de llorar.)** Insiste. Erre que erre. Míreme. Estoy hecha polvo. Creo que me estoy volviendo loca gracias a usted... Dios. No sé si romper las hojas, comérmelas, gritar, romperle la crisma...: todo eso del sueño y cómo enturbia la mirada me parece una patraña barata, teatro del malo, vamos, algo impropio de una persona seria, y más de un banquero que puede ser que tenga como oficio gastar putadas, sí, y perdone usted, pero no de esta forma. Seguro que usted se traga los programitas de la tele en los que sale esa gente rara prediciendo el futuro y montando el *show*.

ÉL.- Admito que sigo esos programas.

ELLA.- No te digo. **(Pausa.)** Me he quedado sin marido y todavía no sé por qué. Usted me ha quitado al novio y a cambio me ha regalado una úlcera de duodeno y me da trabajo. ¿Es bueno su psiquiatra?

ÉL.- Demasiado caro.

ELLA.- Para tragarse sus rollos ya debe cobrar, ya. No lo consigue cualquiera.

ÉL.- Recoja a su Cuqui, váyase a su casa. Lamento todo esto, pero ahora ya me he vaciado. Sólo cumplía con mi obligación.

ELLA.- Es usted tan extraño. Es usted uno de esos que podría contar las mayores burradas del mundo y, sin embargo, siempre sería capaz de que la gente, al menos, dudase. Eso me pasa a mí ahora. La otra noche llegué incluso a pensar si de verdad yo habría matado a mi marido, yo, que me santiguo cada vez que mato un mosquito; sí, ya puestos, podía ser la asesina, en un acto inconsciente de esos en que la mente anda perdida, digo yo, por explicarlo de algún modo. No quiero volver a verlo en mi vida.

ÉL.- Ahora ya puedo firmar. Y no tema: me verá sólo por cuestiones puramente profesionales. Qué quiere que le diga. Otra vez: lo siento. Mis sueños se han cumplido siempre, salvo uno. O dos, con este último. He de ser prudente y no echar las campanas al vuelo. Serían la excepción que confirma la regla. Hasta entonces, me he propuesto como compromiso pelear con mis sueños, buscarle el lado positivo a ese extraño poder que, maldita la gracia, he poseído. Necesito vomitarlos. Y, créame, por lo que más quiera, me alegro de haberme vuelto a equivocar. Me gustaría pensar que vuelvo a ser una persona normal.

ELLA.- Me da usted miedo.

ÉL.- Y trabajo. Una cosa por la otra.

(Le entrega los papeles. ÉL **recoge el portafolios**. ELLA **no se mueve del sitio**.**)**

Tranquilícese, no volveré a molestarla. Y gracias.

ELLA.- Por qué. Es usted el que me ha dado trabajo.

ÉL.- Y usted ha hecho que vuelva a creer en la vida.

(Y, **antes de salir** ÉL, **se gira y le pregunta con una emoción bien patente**.**)**

¿Puedo esperar, al menos, que algún día me perdone?

ELLA.- **(Asiente desde la ambigüedad**.**)** No sé. Supongo que sí. Quién sabe.

ÉL.- Es usted una buena persona, Gerar... **(Y prefiere callarse por lo que pueda pasar.)**

ELLA.- Sólo soy alguien que saca a pasear a su perro, por las noches, en paz y tranquilidad... Nada más, don Arturo.

ÉL.- Llámeme «Chucho», será su pequeña venganza, y recuerde: los amigos me llaman así.

ELLA.- Pero yo no soy su amiga.

ÉL.- Todavía.

ELLA.- Dejémoslo en Arturo, o, a partir de mañana, mejor: «jefe»...

ÉL.- Como quiera. Suena bien en sus labios.

ELLA.- Aunque apenas si nos vamos a volver a ver...

ÉL.- Bueno, algo nos tendremos que ver...

ELLA.- Acaba de decirme...

ÉL.- Muy poco. Casi nada. Tendremos que despachar de vez en cuando. El trabajo es el trabajo.

ELLA.- Pues al menos júreme por lo más sagrado que no me volverá a machacar el hígado con sus pesadillas...

ÉL.- No soy un boxeador, señorita...

ELLA.- «Señora»... Le aseguro que sus golpes duelen igual.

ÉL.- Entendido. **(Buscando entre las estrellas.)** Por Cassiopea, la gaviota de estrellas, lo más sagrado que vuela en el cielo... (**Vuelve a sus andadas**, **mira a** ELLA.) ¿Y si es un sueño sin importancia, algo muy...

ELLA.- ¡Jure!

ÉL.- Por Cassiopea, lo juro.

ELLA.- Eso está mejor. **(Y esboza una ligera sonrisa de alivio.)**

ÉL.- Ha vuelto a sonreír.

ELLA.- ¿Qué?

ÉL.- Como en nuestro primer encuentro...

ELLA.- Ah.

ÉL.- Sabe usted aquello que decía el poeta: una sonrisa es un perdón...

ELLA.- El poeta que decía eso era un gilipollas. Perdón.

(Y vuelve a sonreír, **un poco**, **al pedir excusas por lo de «gilipollas»**. **Y** ÉL **rememora una cita**. **Se lo piensa dos veces y la suelta antes de marcharse**.**)**

ÉL.- Para terminar, no olvide esto: «El perdón es siempre padre de un segundo delito». William Shakespeare. *Medida por medida*, acto segundo, fin de la primera escena...

ELLA.- Y de la última. Adiós.

(ÉL **se va**. ELLA **se queda pensando la frasecita**, **mira a su alrededor**. **Sólo hay silencio**. **Sujeta el contrato de trabajo como un trofeo recién conquistado**.

De pronto, **el columpio se mueve**, **con su *cric crac*, monótono y acompasado**. **Lo impulsa** EL OTRO, **espectral**. ELLA **se asusta**, **hasta que reconoce su silueta**.)

EL OTRO.- Siento haber desaparecido así... Pero te aseguro que todo tiene una explicación.

ELLA.- **(Tras una pausa**. **Haciendo un esfuerzo por hablar**.**)** Hablas ya como el jefe.

EL OTRO.- ¿Como quién?

ELLA.- **(Pausa**.**)** Puedes ahorrarte las palabras. No me apetece oírte, ya he tenido bastante por hoy. Tu dueño y señor ha estado aquí. Se acaba de montar otra de sus películas.

EL OTRO.- Lo sé. No quería cruzarme con él. Se trata de un asunto muy personal. He esperado a que se fuera.

ELLA.- Así que has estado «espiando»...

EL OTRO.- No era mi intención.

(Descubre que ELLA **guarda los papeles del contrato**.**)**

Adiós al paro.

ELLA.- Me lo he ganado a pulso, ¿no crees?

EL OTRO.- Ya no sé qué creer...

ELLA.- Es tu problema.

ÉL.- Es un gran tipo.

ELLA.- Un gran tipo...

EL OTRO.- Es una de las personas más inteligentes que he conocido en mi vida.

ELLA.- El mundo está lleno de imbéciles listísimos.

EL OTRO.- Eres injusta con él. Está claro que te cae mal.

ELLA.- Y a ti te cae muy bien... Sólo son distintos puntos de vista: yo lo veo por delante, tú lo ves... por detrás... **(Sonríe maliciosamente**.**)**

EL OTRO.- Hay que ver cómo pueden sorprenderte las personas. Crees que las conoces y... **(Pausa**.**)** Curioso.

ELLA.- ¿Sabes lo que significa «curioso»...?

(Pausa.**)**

EL OTRO.- Charlamos muy a menudo. Es un gran conversador. Y me cuenta cosas sobre todo eso de los sueños y tú y tu marido que que que, sí, parecen extrañas pero...

ELLA.- Qué.

ÉL.- Encajan.

ELLA.- Dónde.

ÉL.- Encajan.

(**Y realiza el *tic* de «etiquetar» las palabras que ha estado haciendo** ÉL.)

Simplemente. En todo. Parece increíble. He ido atando cabos sobre lo que me contaste que sucedió -sabes que siempre te creí- y, sin embargo, cada vez encuentro más contradicciones... Demasiadas.

ELLA.- ¿Tú también sueñas?

ÉL.- Creo que nunca he estado tan despierto.

ELLA.- Ni tan elegante.

EL OTRO.- Necesito preguntarte algo...

ELLA.- Pero yo no necesito responderte. **(Se levanta**.**)**

EL OTRO.- Para mí significa mucho que me respondas...

ELLA.- Vaya: el jefe sueña conmigo y a ti te quito el sueño...

(Pausa.**)**

EL OTRO.- ¿Lo hiciste?

ELLA.- ¿Qué?

EL OTRO.- ¿Lo hiciste? Vamos, sabes a qué me refiero: ¿Lo mataste?

(Pausa.**)**

ELLA.- ¿Lo hiciste tú?

(Pausa.**)**

EL OTRO.- ¿Qué?

(Pausa.)

ELLA.- **(Mirando hacia las estrellas.)** Cuando miramos las estrellas miramos el pasado.

EL OTRO.- Eso mismo dice... (**Se refiere**, **claro está**, **a** ÉL.)

ELLA.- Las estrellas lo saben todo. Pregúntaselo a ellas.

(Saca del bolso un paquete de cigarros. **Fuma tranquilamente**. EL OTRO **la observa detenidamente**. ELLA **vuelve a contemplar las estrellas**. EL OTRO **se va a marchar**.**)**

Orión. Creo.

EL OTRO.- Qué.

ELLA.- Un día recuérdame que te hable de girasoles.

(EL OTRO **se va**. ELLA **se muestra cómoda**. **Aspira la noche**, **sentada en el banco**. **Esboza una sonrisa casi imperceptible**. **Se hace oscuro de cuajo**. **Y solo queda la luna llena**, **a contraluz**, **que se va manchando de sangre**, **al tiempo que siete golpes retumban entre el pacífico sueño de todos los perros y los girasoles de la noche**.)

FIN